

un pesado yugo, después de haberse apoderado de la Augusta persona del Rey; procedamos, pues, a tomar las activas providencias para escarmentar tanta perfidia, acudiendo al socorro de Madrid y demás pueblos y alentándonos, pues no hay fuerzas que prevalezcan contra quien es leal y valiente, como los Españoles lo son. Dios guarde a usted muchos años. Móstoles, dos de mayo de mil ochocientos ocho.—Andrés Torrejón.—Simón Hernández.»

Con don Esteban Fernández de León había llegado a Móstoles el postillón Pedro Serrano. Era andaluz, e iba hacia su tierra natal. Se brinda a conducir el parte a través de Extremadura y Andalucía (29). Monta en su caballo y a las siete de la tarde parte apresuradamente por la carretera de Extremadura. Hace un alto breve en Navalcarnero, villa importante del camino, y llega, en las primeras horas de la noche, a Talavera de la Reina. Da cuenta en uno y otro lugar del contenido del aviso. En el Ayuntamiento talaverano entrega el oficio al Teniente de Corregidor don Pedro Pérez de la Mula. Èste diligencia el documento. La prisa, la gravedad de las circunstancias, le hacen creer que el emisario trae un parte de Navalcarnero y no de Móstoles. Añade al documento unas nuevas palabras. «Para las tropas y paisanaje —ordena escribir— que se reúnan para la defensa de la Corte, es preciso que todas las Justicias de las carreras tengan prevenciones y demás auxilios, a que nada falte ni padezcan prevención; recogiendo de los pueblos inmediatos cuanto necesiten, procurando las Justicias donde éste se presente notariarlo a los demás de la carrera.— Talavera de la Reina, mayo dos de mil ochocientos ocho. Lcdo. D. Pedro Pérez de la Mula.—Señores Justicias donde se presente.»

Ya sale el postillón Pedro Serrano de la villa toledana, mientras el corregidor, plenamente percatado de la gravedad de la hora, actúa con pasmosa diligencia. Congrega al pueblo, envía un nuevo parte a los pueblos de la provincia, ordena que las tropas acantonadas en el lugar salgan en auxilio de Madrid... Es, por tanto, Talavera la primera ciudad (30) que se alza en armas contra la invasión napoleónica. Don Pedro Pérez de la Mula redacta una nueva comunicación, que ha permanecido inédita hasta que fué dada a conocer por don Antonio Ru-

(29) Para Ocaña Prados, el parte fué transmitido por Antonio Hernández, hijo del segundo Alcalde de Móstoles, don Simón. Y el redactor del parte, a instancias de Villamil, fué el escribano don Estanislao Ovejero. Recuérdese, sin embargo, la precisión con que el escribano Manuel del Valle recuerda, en el documento encontrado por Rumeu de Armas en Talavera: «de cuyo oficio... no saqué copia por la celeridad y su pronto despacho».

(30) Se debe al historiador Rumeu de Armas el hallazgo de un documento revelador de este puesto de gloria que a Talavera corresponde en la lucha por la Independencia. Hasta ahora

meu de Armas (31). «Licenciado don Pedro Pérez de la Mula, Abogado de los Reales Consejos, Teniente Corregidor por Su Majestad de esta villa de Talavera y su tierra, etc. Hago saber a las Justicias de los pueblos de este partido que por el Sor. Alcalde Mayor de la villa de Navalcarnero con fecha de ayer se me ha remitido un pliego con posta noticiándome haber un grande alboroto en la Corte y que la tropa francesa y española y el pueblo se están batiendo para que tomase todas las medidas de precaución que estimase conducentes y que las tropas que haya en esta villa y demás que fuese posible pssasen de costado a la defensa de la Patria; en cuya vista inmediatamente he dado las disposiciones conducentes para que salgan los regimientos que hay en ésta de Caballería e Infantería, así como los paisanos que voluntariamente se van alistando, y deseando que todos pueblos del Partido concurren a la defensa de la Patria he tenido por conveniente de librar la presente, a fin de que se dispongan y presenten todos los hombres que quieran alistarse como amantes al Rey y a la Patria para su defensa, concurriendo inmediatamente a reunirse en esta Capital aprontando los pudientes las sumas para mantenimiento de hombres que de este modo muchos que de por sí no pudiesen sostenerse se presenten a ello, así como se está practicando en esta villa. Dado en Talavera a dos de mayo de mil ochocientos ocho. Licenciado don Pedro Pérez de la Mula. Por su mandado, Francisco Montemayor Córdova.» (Celeridad, nervios, emoción de unas horas que pueden ser decisivas, hacen que en ese documento se confunda Navalcarnero con Móstoles y que se diga que el oficio de esta última villa fué fechado el día uno; error explicable también por la extraordinaria rapidez con que el postillón Pedro Serrano había cubierto la distancia entre Móstoles y Talavera.)

Desde la villa es enviado por el corregidor Pérez de la Mula el nuevo aviso a los pueblos del partido, que al día siguiente acusan recibo de él: Casar, Galera, Chozas, Gamonal, Puebla Nueva, San Bartolomé, La Estrella, Navalucillos, Aldeanueva, Espinoso, Belvís, Campillo, Alía, Valdecaballeros...

Mientras tanto, Pedro Serrano, el postillón salido el día antes de Madrid, con las primeras horas del día en-

veníase creyendo que fué Trujillo la ciudad que es levantó primero en armas. Así lo dice Pérez de Guzmán en su «Dos de Mayo en Madrid». «Indudablemente —escribe el erudito académico— la primera autoridad que se levantó en España contra el yugo napoleónico fué el Corregidor de Trujillo, don Antonio Martín Rivas, que el 3 de mayo alarmó 82 pueblos de su partido, mandando alistar hombres, caballos, armas y provisiones, y que el día 4, sabedor ya de los sucesos del día 2 en Madrid, por el aviso del Alcalde de Móstoles... expidió sus circulares para que todos los alistados acudiesen a Trujillo para emprender la marcha sobre Madrid.» (Pérez de Guzmán. Obra citada. Pág. 506.)

(31) Antonio Rumeu de Armas. Obra citada. Pág. 20.

traba en tierra cacereña. Caía, extenuado, en el pueblo de Casas del Puerto, al pie del puerto de Miravete. La larga y frenética carrera le había rendido. Mas la misión estaba cumplida, y España iba encendiéndose en noble indignación ante el conocimiento de aquellas noticias de que Pedro Serrano había sido portador.

Enfermo, el postillón no quiso entregar el original del parte que se le había confiado en Móstoles. Y es, entonces, el escribano de aquel lugar de Casas del Puerto el que saca una copia del documento. El Alcalde, por el sistema de propios, lo hace llegar a varios pueblos, y entre éstos a Mérida. Las villas cabeza de partido lo transmiten a los lugares menores, y de este modo, en poquísimos tiempo, es conocida de toda Extremadura la tragedia de Madrid.

Es el cuatro de mayo. Ya han desgarrado el silencio de las noches y las madrugadas madrileñas los fusilamientos de la Moncloa, del Prado, de la montaña del Príncipe Pío... Don Ciro Meneses y Camacho, Alcalde de Mérida, comunica el parte que acaba de recibir a los corregidores de Almendralejo, de Jerez de los Caballeros y de Fregenal de la Sierra. Y aún añade al texto unas nuevas líneas, como un signo más del ferviente entusiasmo patriótico que el documento de Móstoles va encendiendo en todas partes. Tras la copia del aviso, el corregidor Meneses escribe: «... Y en su virtud se lo paso a usted para que como leales españoles tomen cuantas providencias estimen oportunas, a que con la mayor brevedad sea socorrida la capital y sus habitantes, y demás tropas establecidas en ella, y con los auxilios que se le remitan puedan triunfar de una iniquidad tan inaudita, y hacer conocer y entender a sus autores que somos verdaderos españoles. Lo que espero del cielo de V. y de su afecto a Nuestro Augusto Monarca; con el que lo traslado con la mayor prontitud a los pueblos inmediatos, que se anotarán al margen, dándome aviso del recibo de ésta con expresión de hora, pues así conviene al Real servicio. Dios guarde a V. muchos años. Mérida cuatro de mayo de mil ochocientos ocho.—Ciro de Meneses y Camacho.—Señor Alcalde Mayor de la villa de Almendralejo.»

Al día siguiente, cinco de mayo, el parte llega, por Fuente del Maestre, a Fregenal de la Sierra, desde Mérida. A muy pocos kilómetros está ya la tierra andaluza. El Alcalde de Fregenal lo transmite al de Higuera la Real, aún en la provincia de Badajoz. El corregidor de Higuera recibe el parte a las cuatro de la tarde, e inmediatamente lo pasa al Alcalde de Cumbres de San Bartolomé, pueblo que está al otro lado de la Sierra, en la provincia de Huelva ya. El documento lleva la orden de transmitirlo a los lugares de Cortegana y Aroche, onubenses también. Allí, en el pueblecito andaluz de Cum-

bres de San Bartolomé, queda el documento, entre los papeles de la parroquia. Allí estará, ignorado, durante un siglo, tiempo al cabo del cual, como respondiendo a la llamada del Centenario, surgirá para decir a España las palabras verdaderas que una tarde de mayo nacieron en Móstoles.

Otras copias han ido llegando a lugares distintos. Todas ellas han contribuido a encender el fuego que arde ya sobre la piel de España. Aquí y allá, en Asturias y en Andalucía, en Castilla y en Levante, ciudades y pueblos se tornan grito ronco de patriotismo. La palabra lanzada en Móstoles ha encontrado ecos unánimes, porque respondía a un sentimiento tradicional y profundamente sentido por España. Hay en el histórico documento una serie de valores que no perderán nunca su sentido. Es, en primer término, la repentina explosión del patriotismo, el fuego incontenible que late en las viejas palabras y que va a extenderse por todos los lugares del itinerario que en unas horas febriles seguirá el documento. Es, después, el hecho de recoger la autoridad abandonada, mediatizada. Son unos Alcaldes modestos—Móstoles, Talavera, Fregenal de la Sierra, Gamonal, Navalucillos, Cumbres de San Bartolomé...— los que recogen y encarnan la autoridad central sometida y acobardada. La Patria se materializa entonces, por abandono de quienes debían defenderla hasta el máximo, en unos hombres sencillos, que ascienden por repentina exigencia del Destino, a figuras de primer plano. Finalmente, el parte de Móstoles es el símbolo de la inmediata, tajante y heroica aportación de las provincias españolas a la Cruzada que empezaba. Muchos nombres importantes iban a quedar grabados para siempre en la Historia: Madrid, Zaragoza, Gerona... Mas otros también, de importancia menor, se incorporarían a la gran lista. Nombres de villas y aldeas, apenas conocidos hasta entonces. De ellos, oscuros nombres provincianos, puede ser un símbolo este de Móstoles. Si en una provincia es, lógicamente, cabeza rectora la capital, la sangre y el latido están en las villas y los pueblos que forman la comarca. En esos pueblos y villas duermen las eternas raíces—fe y patria— de la vida española. Sólo esperan, como en la rima becqueriana, la mano que sepa hacer vibrar unas cuerdas cuya música está latente, aguardando. Móstoles, cuna del parte que había de llegar, en carrera apasionada y frenética, hasta Andalucía, es, a los ojos de la Historia, la encarnación de ese sentido de decisión y heroísmo de los viejos pueblos españoles.

JOSE MONTERO ALONSO

(Dibujos de LESME LOPEZ PINEL)

T ENGO veintidós años. Soy soldado-obrero de la Brigada Topográfica del Estado Mayor. Estoy pasando el período de instrucción en la ciudad de Alcalá de Henares. Las eras es nuestro campo. A un lado, los árboles del paseo del Chorrillo y los cipreses del cementerio. Al fondo, como en un telón de teatro, la fábrica de la vieja plaza de toros, llena de las costras del tiempo, con hierbajos en las juntas de las gradas de los tendidos y los portones derrengados sobre sus oxidados goznes.

Alcalá es quizá, en la provincia de Madrid, el pueblo de mayor tradición, el que ocupa un lugar tan importante en la leyenda como en la Historia, que abre sus páginas por un capítulo de moros y de romanos. Con Diocleciano se perpetra el horrendo crimen del asesinato sobre cuerpos inocentes y Justo y Pastor son sometidos al martirio. Donde luego nace un tal Juan Ruiz, que alcanzará el Arciprestado de Hita en la vecina Guadalajara y hoy ocupa un lugar cimero en nuestra Historia Literaria.

Con Cisneros, «el gran Cardenal de España», según Montherland, levanta, piedra sobre piedra, la gloria ecuménica de la Universidad Polígota. Donde estudia y pasa la tuna, un Juan de Austria; un Alejandro Farnesio; un Lope de Vega; un Agustín de Moreto. Nace —todos lo saben— Miguel de Cervantes.

Tiene, entre sus edificios, el llamado Archivo, antiguo Palacio Arzobispal, que el Cardenal Sandoval mandó erigir.

Alcalá está situada en un llano, a poco más de treinta kilómetros de la capital y a orillas de un río, de tan escaso caudal que le iguala en humildad al «aprendiz» —según Lope— madrileño. El Manzanares y el Henares no tienen nada de caudalosos y prepotentes. Pero, uno y otro, cuando llega la hora de su furor, que nunca es imposible, es temible y avasallador como un Mississippí fabuloso.

Los romanos la llamaron cómpluto y ¡fué, en aquellos lejanos tiempos, ama y calvario de tantos mártires que los santos adolescentes Justo y Pastor simbolizan.

Los golosos de España, que sólo conocen nuestras tierras por las golosinas: Toledo por los mazapanes; Alicante, por sus turrone; Guadalajara, por sus bizcochos; Sevilla, por sus yemas de San Leandro; Alcalá, por las almendras garrapiñadas.

Pero la fama y su gloria local es muy otra. Las ciencias, las letras, la filosofía, el Derecho —pensad en Francisco de Vitoria— son el plinto de su monumento.

En la Universidad Complutense estudió Tirso de Molina, Antonio de Solís y acabó de formarse don Antonio de Nebrija, que Cisneros llamó para que colaborase en la «Biblia Polígota»; pasó más tarde a Salamanca y, pasado algún tiempo, retornó a Alcalá, en cuya Universidad fué profesor de Gramática.

La leyenda que por cierto sirvió al dramaturgo don Agustín Moreto y Cabañas para dar a la escena la comedia «El valiente justiciero o ricohombre de Alcalá», que sólo con este segundo título «El ricohombre de Alcalá» llevó a la escena y comenzó su carrera de autor el de este artículo. «El ricohombre de Alcalá» se estrenó en el teatro Español de Madrid el 6 de mayo de 1921, siendo intérpretes principales don Francisco A. de Villagómez, que incorporó el personaje del rey don Pedro; Evaristo Vedia, el del ricohombre don Tello, y Julia Lajos, en la dama.

El año 1888 publicó don Manuel Fernández y González su novela «El ricohombre de Alcalá». Moreto y el novelista sevillano dieron a don Tello por figura histó-

rica, aunque otros investigadores niegan realidad al encuentro del rey con don Tello y su paso por Alcalá. Verdad o no, ¡es tan bonita la leyenda! La sitúa Moreto en el siglo xv.

Numerosas casas de Alcalá ostentan en sus fachadas escudos de nobleza. En ocasión de la boda de don Ruy Gómez de Silva con la bella que iba a ser, por su matrimonio, princesa de Eboli, Felipe II acudió a ser testigo de la ceremonia.

Que los «ricohombres» existieron no cabe duda, pues de ellos nacen los primeros grandes de España en 1520.

Otro alcalaíno ilustre lo fué Francisco de Figueroa, llamado «el Divino», por su irreprochable forma poética, del que costó la edición de sus obras don Juan de Tharsis, conde de Villamediana. Nació Figueroa en 1540 y treinta y cinco años después contrajo nupcias con doña María de Vargas, también de linaje alcalaíno.

Vivo está el recuerdo de otros alcalaínos ilustres contemporáneos. Entre ellos, se cuenta la familia Huerta Calota, de la que es último vástago don José Félix, actual alcalde. El hijo mayor, don Francisco, abogado, fundó el periódico «El Eco Complutense», en cuyas columnas vieron la luz mis primeros trabajos periodísticos. Tenía yo quince años. Más mozo que joven aún para poder exclamar como ahora con Rubén:

«¡Juventud, divino tesoro!...
Ya te vas para no volver.
Cundo quiero llorar no lloro;
y ahora lloro sin querer.»

Plinio en su «Historia» y Plotomeo en su «Geografía» hablan de una Yplacea, que no es otra que Alcalá de Henares, la ciudad de los «cerros». En su tiempo era apenas un núcleo naciente de esta ciudad levantada en las alturas, dunas formadas por las arenas que el viento iba acumulando, hasta sumar no menos de siete cerros, que en nuestros tiempos se llamaron —y algunos conservan su nombre— San Juan del Viso, el Cerro de las Brujas, el del Moro encantado (sobre el que sobrevive cierta leyenda de tesoros escondidos y encantamientos); el del Mal Vecino, de la Veracruz y el del Ecce-Homo, que casi pulverizó, dejando al descubierto estratos de materiales cálcicos, la explosión del polvorín en 1947.

Si los griegos la llamaron Yplacea, y los romanos Cómpluto, los árabes le dieron el nombre de Alkalá de Nahar, que dió origen al que hoy la geografía confirma: Alcalá de Henares (castillo sobre arenas), porque el cauce de su río, como el Manzanares madrileño, más arenas que agua lleva, aunque los romanos al llamarla «Cómpluto», derivaban este nombre del latín Complivium (ciudad de muchas aguas, que en verdad, como «el aprendiz de río» de que habla Lope, nunca tuvo).

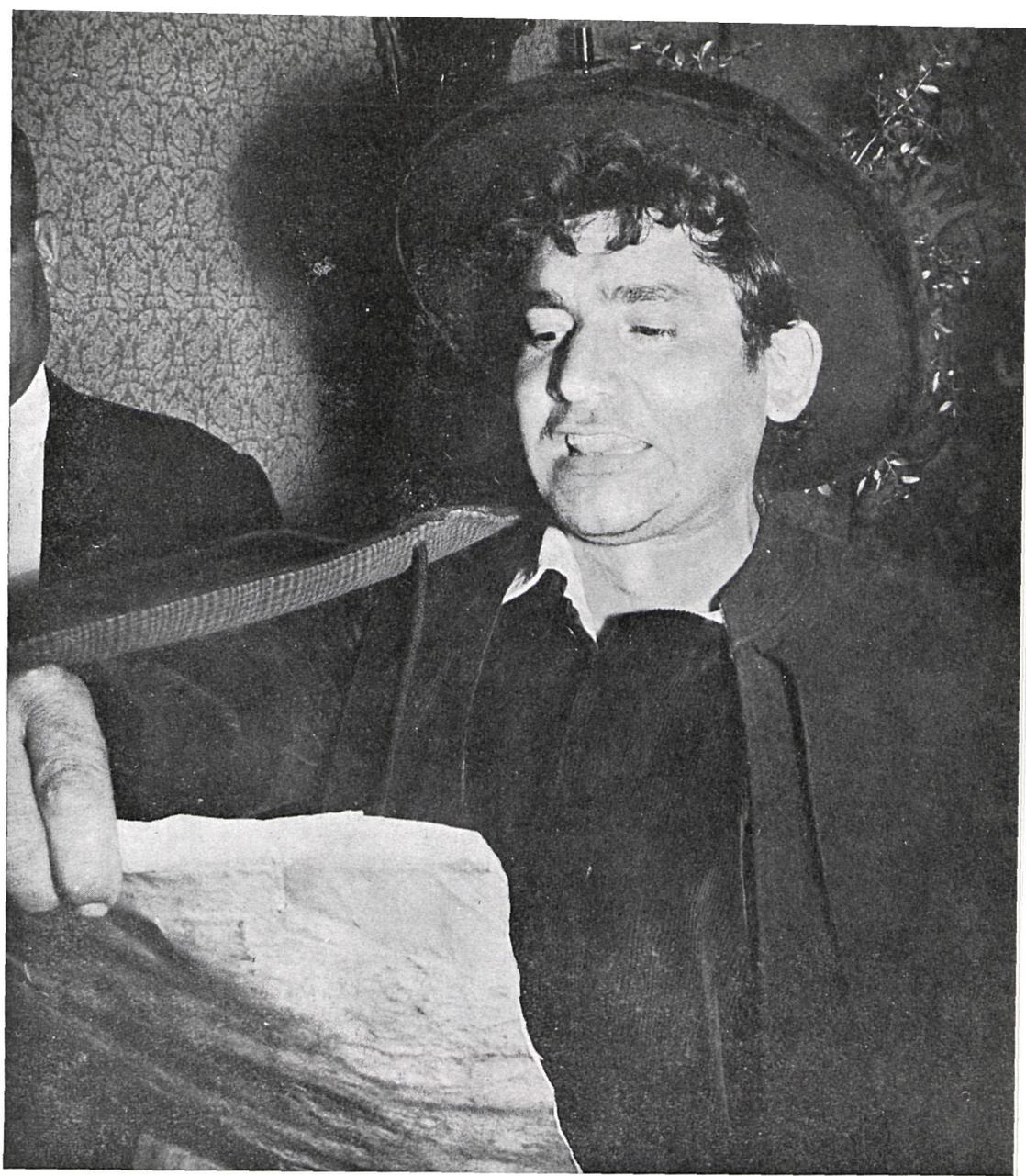
Los moros construyeron el puente de Zulema, destruído en la citada explosión del polvorín, y que acaba de reconstruirse en nuestros días. Puente de cinco ojos, que ha dado motivo a esta copla vulgarota:

«Cinco ojos tiene el puente
de Zulema la morisca.
Yo tengo dos solamente
y no te pierdo de vista...»

Ya se comprenderá que esta copla va dirigida a alguna alcalaína que se pierde de vista...»

Muchas cosas se podían decir de la historia de esta Alcalá privilegiada, que a Reymondo, historiador alcalaíno, le dió material para un volumen de más de seiscientas páginas de apretada lectura; pero el espacio de un artículo de periódico no da lugar a escribir cuanto acerca de Alcalá de Henares mana de nuestros recuerdos. No siempre el corazón manda.

EDUARDO M. DEL PORTILLO



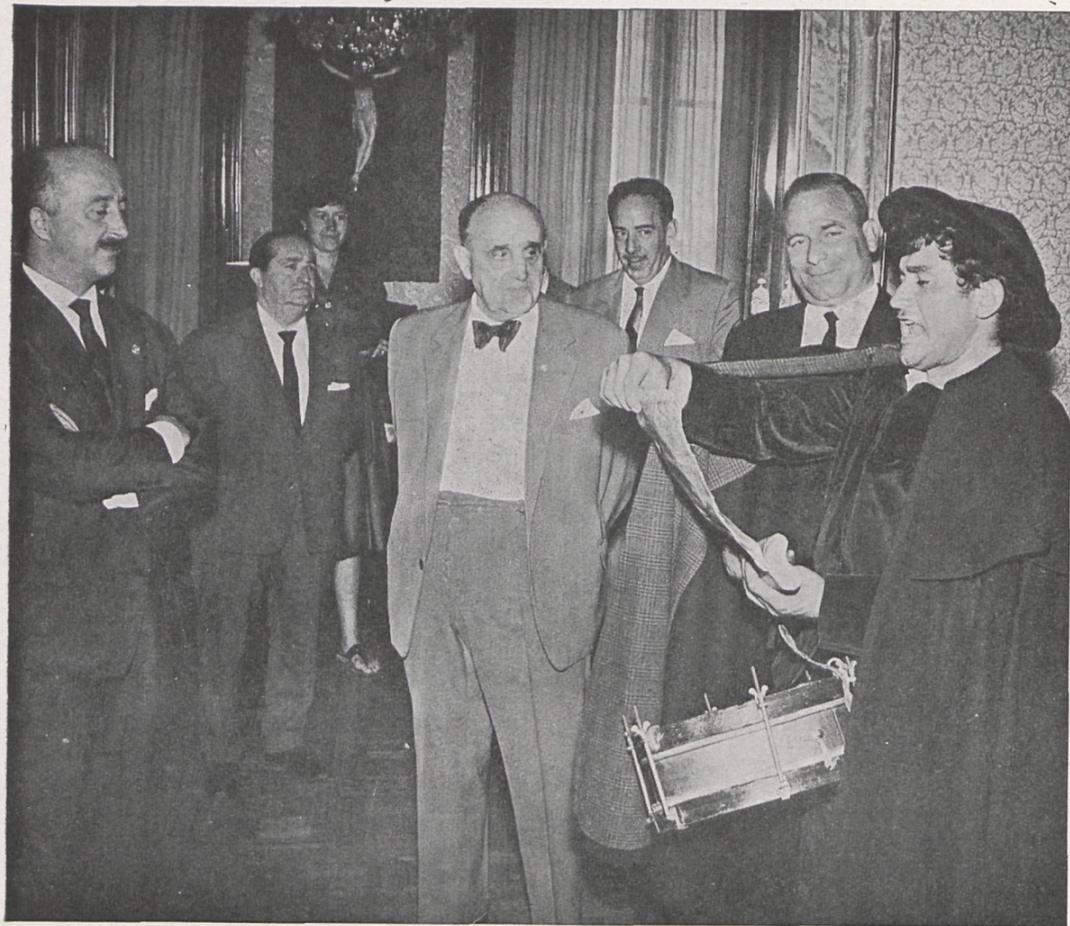
DIECISIETE PARTICIPANTES SE DISPUTARON EL GALARDON DE PREGONERO MAYOR DE LA PROVINCIA

LA figura señera y entrañable del pregonero antiguo que nos ha transmitido la literatura griega y latina, el auténtico y primer precursor del locutor de radio y de la información hablada, ha competido, por segunda vez, en un curioso y original concurso que organizó Radio Juventud de España.

La verdad es que van quedando muy pocos pregoneros en los pueblos. Podemos decir que es un cargo a extinguir, pero los pocos que quedan cumplen muy bien su oficio y conservan el empaque y el señorío de sus antepasados cuando el ser «vox pópuli» era tarea de la nobleza. Eso no quita para que nuestros pregoneros de hoy, que han pasado a ser unos funcionarios más municipales, después de cantar el pregón en las esquinas, se dediquen a los más diversas ocupaciones, como es

EL MARQUES DE LA VALDAVIA PREGONERO MAYOR HONORARIO DE LA PROVINCIA

barrer las calles o cobrar los recibos de la luz. El cargo, hoy, no da para vivir, y por eso tienen que hacer de todo. Los hay hasta que son sepultureros —con los debidos respetos—, carpinteros, sacristanes, tenderos y agentes de seguros... Pero todos, al menos los que tomaron parte en la competición, tienen una resuelta y decidida vocación por el oficio. Así lo manifestaron todos ellos, que, además de cobrar las cinco o seis pesetas que vienen cobrando por cada bando, cumplen su cometido con arte y decoro profesional. El cargo, en la mayoría de las poblaciones, es hereditario: pasa de pa-



El marco típico y castizo de la plaza Mayor madrileña sirvió de escenario por segunda vez para el desarrollo de este certamen. Desde el balcón central de la Casa de la Panadería, dos pregoneros cada día durante una semana lanzaron al aire, con su voz potente y bien timbrada, el mensaje que traían del pueblo. Dos pregones —lo establecían las bases— eran de libre elección y se podían leer o improvisar al igual que lo hacen cotidianamente. La mayoría, haciendo alarde de gracia e ingenio, improvisaban sobre la marcha; otros —los más eruditos— venían provistos de sus correspondientes cuartillas, suscritas con gracia y amenidad. Pero todos —lo establecían también las bases como tema obligatorio— pregonaron al viento las realizaciones en sus pueblos durante los XXV Años de paz.

Este año el certamen tuvo una nota triste, porque precisamente cuando comenzaba la primera actuación del pregonero de Móstoles, que abrió la brecha, llegaba la noticia, con carácter de primicia, de la muerte del ilustre académico y gran charlista don Federico García Sánchez, nombrado hace dos años, en la primera edición del concurso, Pregonero Mayor honorario de España. Días antes habíamos hablado con él y nos había prometido seguir de cerca el concurso y asistir, como hace dos años lo hizo, a la final. Por eso no faltó quien improvisó allí mismo, en la plaza Mayor, un pregón de homenaje póstumo a su colega de honor. Fué el pregonero de Miraflores —Angel Esteban (Chirrín)— quien se ocupó de dar la triste noticia por los micrófonos y rendirle justo tributo en nombre de todos los pregoneros de España. Fueron palabras sentidas, emocionadas y sencillas, como el pregonero que las pronunció, pero que calaron muy hondo en todos los participantes y público que seguía el desarrollo.

dres a hijos desde varias generaciones, y en algunos lugares el pregonero es personaje inalterable al tiempo, y se hace elemento imprescindible a pesar de la radio y los periódicos, evocando su presencia toda una época en que, en efecto, eran personajes característicos en la vida de los pueblos

«SE HACE SABER...»

El pregón tiene una técnica característica y especial que a veces es muy difícil de poseer, porque al pregón —como manifiestan los propios ejercientes del cargo— hay que darle gracia y salero, para que surta efecto. Después del redoble del tambor o el «tararíiiiiii» de la corneta, el pregonero, con voz recia y potente, lee o improvisa el texto del bando. «Se hace saber, de orden del señor Alcalde...» o «...que acaban de llegar sardinas frescas en una camioneta a la plaza...». Todo con un soniquete especial que no cabe duda que recuerda a aquellos «heraldos» o «voceros» de la Corte, que lo mismo en las solemnidades religiosas que en los autos de justicia, eran los encargados de transmitir la voluntad o decisión del gran señor. Hoy —qué duda cabe— el cargo ha perdido brillo y solemnidad, pero esa labor, casi siempre humilde y sencilla, todavía sigue siendo eficaz y necesaria, aunque los más modernos medios de difusión lleguen ya a los más apartados rincones. Por eso la feliz iniciativa de la popular emisora madrileña no puede ser más loable y digna de elogio, al pretender exaltar la interesante y noble tarea de estos hombres, destacando al mejor, y rendir —a la vez— un cálido homenaje que en justicia merecen los primeros y verdaderos precursores de los locutores de radio y de la información hablada.

